

De abejas, de arquitectos y de carpinteros. A propósito de “Historia y ciencias sociales”, un artículo de Carlos Astarita

◆ *Waldo Ansaldi*

I

El colega y amigo Carlos Astarita ha publicado en el número 8 de *Sociohistórica*, un interesante y estimulante artículo, “Historia y ciencias sociales. Préstamos y reconstrucción de categorías analíticas” (2000: 13-43). Tengo con ese texto muchas (e importantes) coincidencias y pocas discrepancias sustanciales, particularmente una muy diferente apreciación respecto de la sociología histórica, razón que me mueve a escribir algunas aclaraciones sobre ciertas posiciones vertidas por Astarita. Tan sólo por aquello ya señalado por Karl Marx: “[d]ejar el error sin refutación equivale a estimular la inmoralidad intelectual”.

Astarita es muy claro y preciso en su planteo, orientado “a un análisis crítico sobre el empleo de categorías y esquemas teóricos en la investigación histórica”. El núcleo duro del mismo se expresa en cinco grandes proposiciones:

1) Las ciencias sociales –y en particular la antropología– han adquirido en los últimos años una notable incidencia “en el estudio de las sociedades premodernas”. La historiografía ha sido fuertemente influenciada por una de las dos grandes corrientes antropológicas, “la que privilegia los análisis en términos de sentido”, antes que por aquella que enfatiza la función social (Astarita, 2000: 14). En el caso de los historiadores de sociedades precapitalistas, se advierte entre ellos un

◆ CONICET – UBA. Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales; UNLP, Centro de Investigaciones Sociohistóricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

modo de aprehensión acrítica de los “instrumentos de análisis de las ciencias sociales” (p. 25).

2) En la historiografía se ha asistido a un “abandono parcial del estudio de la lógica de funcionamiento de la totalidad”, aunque el mismo no se tradujo en una desaparición del análisis macro procesual (p. 15). Hubo dos modos de abordar tal problema: el de la sociología histórica y el de la construcción empírica.

3) “[E]l avance en bisagra de la historia con otras ciencias sociales, no sólo no resuelve por sí mismo los problemas específicos que emergen del estudio concreto, sino que también puede constituir, con la adopción de categorías inadecuadas, un obstáculo epistemológico” (p. 22).

4) “[E]n gran medida, la incorporación sin alteraciones de ciencias sociales al trabajo del especialista en sociedades precapitalistas es una operación teóricamente estéril, incluso paralizante de la elaboración. El historiador debería, en definitiva, construir sus propios instrumentos de análisis, que no están, por norma, esperando en la caja de herramientas de una disciplina social. El problema es cómo lograrlo” (p. 28).

5) “[M]ientras en ciencias sociales vecinas la vocación teórica estuvo inscripta en su partida de nacimiento, la historia se enfrenta a la inercia que reproduce los fundamentos empíricos del viejo positivismo. [...] Es hora que los historiadores miremos francamente los resultados que obtuvimos de este dominio del empirismo. Debemos reconocer de una vez por todas que buena parte de los más fructíferos desafíos en la historia medieval y moderna no tuvieron su origen en los especialistas [historiadores] profesionalmente entrenados: Dobb y Sweezy fueron economistas; Brenner y Anderson se inscriben en la sociología histórica”. En conclusión, “*la cultura teórica sistemática debería incorporarse definitivamente a [la] educación académica*” de los historiadores (pp. 36-37; las itálicas son mías).

Comparto plenamente esta última proposición y adhiero fervientemente a su énfasis en la necesidad de una sistemática formación teórica de los futuros historiadores. También estoy de acuerdo con la primera y la segunda –aunque en ésta yo entiendo que el abandono de los estudios y de la lógica de la totalidad tiene mayor envergadura, en particular en la historiografía argentina, de la que parece asignarle Carlos. Por lo demás, tengo algunas dudas respecto de la terce-

ra y cuarta proposiciones, mas aquí no me interesa ocuparme de ellas sino de una única cuestión, planteada en la segunda proposición. En su formulación resulta llamativa la posición de Astarita sobre la sociología histórica. Lo es porque presenta a la misma de un modo que no le hace justicia, tanto que a veces parece una caricatura, y, sobre todo, reduciendo la multiplicidad de posiciones a una única.

II

Carlos comienza reconociendo que la sociología histórica ha desempeñado un “admirable rol [...] con sus esquemas de totalidad” y la imposición de un triple desafío permanente, apreciable en (1) “replanteos críticos del nexo entre estructuras sociales y estructuras políticas en el período del Estado Absolutista”, (2) la “visión diacrónica-unitaria del funcionamiento de la ‘economía mundo’ desde el siglo XVI” y (3) “un ensayo estimulante de la transición del feudalismo al capitalismo”. Empero, estos logros se ven disminuidos por “insuficiencias en términos del análisis concreto” (pp. 15-16). Aquí se encuentra el meollo de su argumentación, inmediatamente desplegada. (Excúseme el lector por la extensión de la cita).

“Su punto inicial [el de la sociología histórica], *compartido por sus diversas expresiones, establecido por un modelo teórico elemental al que se adapta la realidad observada*, conlleva presentar esa realidad a la manera hegeliana, como exteriorización de una racionalidad superior ordenadora, *donde la diversidad no es más que una variación formal del patrón analítico base*. En este criterio se encierra el secreto de la regularidad sistemática de la exposición, pero *la consecuencia es que la investigación se encuentra desplazada por una construcción empírica en su presentación y abstracta en su contenido*. Como es perceptible en Wallerstein, el caso histórico se convierte en un atributo de la ‘economía mundo’, adquiriendo la realidad un valor meramente descriptivo como expresión de la idea absoluta que subordina las condiciones específicas de cada lugar a una tipología general centro-periferia. Nada se modifica en este enfoque suplantando la literatura secundaria por el documento (salvo un encuadre más erudito) en tanto *la construcción intelectual se erige a partir del modelo y no del objeto*. Las categorías analíticas tomadas en préstamo de la sociología o de la economía (mercado, poder, hegemonía, lucha de clases, etc.) no transmutadas por referencia con el fenómeno, establecen aquí su reinado más acabado.

“Este tratamiento de la información, como representación de la idea, se opone a los hábitos historiográficos profesionalmente consagrados sobre el fundamento

empírico documental del proceso cognitivo. Esta carga factual, que se preserva en los mecanismos de reproducción de la disciplina (la descalificación de la teoría apriorística es una constante), es tanto una modalidad habilitadora del análisis, que en este marco puede denominarse materialista (el punto de partida no son los conceptos sino la realidad), como una limitación de las audacias interpretativas. El historiador de oficio pretende resguardarse de las introducciones especulativas de lo que resulta, en general, una prudente toma de distancia con respecto a la *sociología histórica*” (p. 16; las itálicas son mías).

Dejo de lado la apreciación sobre el triple desafío, pues considerar sólo los tres logros señalados reduce los alcanzados por la sociología histórica. Sin desdeñarlos —ellos refieren, en todo caso, sólo a la problemática objeto del interés de Astarita, la transición del feudalismo al capitalismo—, puede argumentarse que uno de los grandes aportes de la sociología histórica se encuentra en el análisis del cambio social. Pero, en definitiva, el balance puede llevar a resultados diferentes, según los intereses de investigación de quienes lo realizan, y a una controversia estéril.

En cambio, no puedo dejar de señalar que el punto de partida de la argumentación es una afirmación sólo parcialmente cierta. No es correcto decir que las diversas formas de practicar la sociología histórica tienen como común denominador el partir de “un modelo teórico elemental al que se adapta la realidad observada”. Dicho así, no puede menos que interpretarse en estos términos: los sociólogos históricos analizan su objeto munidos de un modelo preconcebido, el cual aplican con una obcecación tal que si los datos contruidos para explicar la realidad no cuajan con el modelo, en lugar de alterar éste, alteran, fuerzan, la realidad.

En rigor, en sociología histórica existen, al menos, tres grandes estrategias de investigación, por lo demás no separadas herméticamente entre sí y a menudo combinadas creativamente, tal como ha mostrado Theda Skocpol (1989; 1991), cuya síntesis al respecto sirve de base a la que expongo a continuación. Incluso, un mismo investigador o una misma investigadora puede optar en un caso por una estrategia y en otro, por otra, o en combinaciones diferentes. La primera de ellas consiste en emplear un modelo teórico general (único) para explicar uno o más casos históricos. Podemos denominar a sus practicantes sociólogos históricos generalizantes. Buenos ejemplos de esta estrategia —que se observa, sobre todo, en algunos de los primeros trabajos sociológico-históricos, en las décadas de 1950 y 1960— son las obras de Neil Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*

(University of Chicago Press, Chicago, 1959), Kai T. Erikson, *Wayward Puritans. A Study in the Sociology of Deviance* (Wiley, New York, 1966) y Michael Schwartz, *Radical Protest and Social Structure: The Souther Farmer's Alliance and Cotton Tenancy, 1880-1890* (Academic Press, New York, 1976). Pero no todos ellos proceden de igual manera. Así, Smelser se apoya en el estructural-funcionalismo y Erikson en la teoría durkheimiana, mientras Schwartz elabora el modelo utilizado, recurriendo a una conceptualización de las clases sociales basada en Karl Marx, Vladimir Lenin, Mao Zedong (Mao Tse Tung) —es decir, en la teoría marxista— y, en otro registro teórico, Robert Michels. Pero ellos no son meros aplicadores mecánicos de modelos elaborados por terceros: elaboran sus propios modelos de análisis, previamente a la investigación, apelando a las teorías que consideran más adecuadas o pertinentes. Pese a sus diferentes basamentos teóricos, los tres coinciden en elaborar un modelo general aplicable a los casos históricos que han elegido. Dicho de otra manera, para los sociólogos históricos generalizantes, el modelo es algo dado con anterioridad a la investigación. Su preocupación principal, empero, es elaborar y demostrar la lógica interna del modelo teórico general que han diseñado. Por cierto —y Skocpol lo dice explícitamente—, los investigadores que trabajan con esta opción son pasibles del cargo de acomodar las presentaciones históricas a una teoría preconcebida (Skocpol, 1984: 366; y 1991: 113). En el límite, podría decirse que acumulan evidencia empírica para reforzar la validez del modelo general que utilizan. Esta estrategia es la única que se aproxima al estereotipo formulado por Astarita. Empero, como se ha dicho, no es la única ni, siquiera, la más difundida ni la más importante.

La segunda estrategia es la que adoptan los llamados sociólogos históricos interpretativos. En este caso, ellos apelan al empleo de conceptos para generar interpretaciones significativas de grandes procesos históricos. Lo hacen, si Tedha Skocpol está en lo correcto, por su escepticismo respecto de la utilidad de recurrir tanto a modelos teóricos, cuanto a algún método de comprobación de hipótesis para formular generalizaciones causales sobre grandes estructuras y procesos de cambio. Mas ese escepticismo no implica rechazo de la teoría. Bien por el contrario, ellos ponen un especial cuidado en clarificar y explicitar los conceptos que emplean. Lo hacen no sólo por necesidades de investigación, sino también por su intención de llegar a un público más vasto que el de los académicos. En efecto, los sociólogos históricos que eligen esta segunda gran estrategia de investigación persiguen elaborar interpretaciones significativas, entendiendo la palabra *significativo* en dos sentidos: a) el que atiende “a las intenciones, culturalmente mediadas, de los actores individuales o grupales del escenario histórico” objeto

de investigación (la expresión es de Skocpol), b) el que alude a la importancia o trascendencia cultural y política, en el presente, del tema elegido y los argumentos elaborados. No es de su interés la elaboración de explicaciones que excedan los casos analizados, es decir, eventualmente extensibles a otros casos susceptibles de análisis. En esta estrategia, se busca dar cuenta de *qué* pasó.

Buenos ejemplos de estudios de sociología histórica interpretativa son los de Edward P. Thompson, en *The Making of the English Working Class* (Vintage Books, New York, 1966; edición en español: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1989), Reinhard Bendix, en *Nation-Building and Citizenship. Studies of Our Changing Social Order* (Wiley, New York, 1964; 2ª edición, ampliada, University of California Press, Berkeley, 1977; edición en castellano: *Estado nacional y ciudadanía*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976) y en *Kings or People: Power and the Mandate to Rule* (University of California Press, Berkeley, 1978), y Paul Starr, en *The Social Transformation of American Medicine* (Basic Books, New York, 1982). Los tres autores citados como ejemplos de sociólogos históricos interpretativos apelan a fuentes teóricas diferentes y analizan dimensiones espaciales distintas. Así, Thompson y Starr se ocupan de un único caso nacional (estudio de caso aislado), mientras Bendix recurre a un análisis comparado (estudio de varios casos). Ahora bien, el riesgo mayor, en esta estrategia, radica en la apelación a casos aislados, la cual dificulta o incluso impide la búsqueda de regularidades causales. Así, como han señalado Ira Katznelson y Charles Bidwell a propósito de los trabajos de Thompson y Starr, respectivamente, la explicación cultural del proceso de formación de la clase obrera inglesa cedería frente a una más política sólo con recurrir a una comparación de dicho proceso con los desarrollados en Estados Unidos y Europa occidental, del mismo modo que la “autoridad cultural” y la demanda económica de los servicios de los médicos británicos no es menor que la de sus colegas norteamericanos, constatación que debilita el argumento explicativo del mayor poder profesional (que incluye prestigio y riqueza) de éstos en razón, precisamente, de su “autoridad cultural”. En ambos casos, dicen los críticos, tanto Thompson cuanto Starr podrían haber matizado (e ir más allá de) sus conclusiones tan sólo con comparar con otros casos nacionales.

En cuanto a las perspectivas teóricas elegidas por cada uno de ellos, Thompson filia sus temas y conceptos en la vertiente marxista,¹ Starr reelabora el concepto weberiano de autoridad (tarea que le lleva a formular el suyo de “autoridad

¹ Edward P. Thompson es considerado más usualmente como un historiador social. Empero, Tedha Skocpol (1989; 1991) y Ellen Kay Trimberger han argumentado sólidamente respecto de

cultural”) y Bendix opta por emplear temas y conceptos significativos que toma de Max Weber, Otto Hintze y Alexis de Tocqueville.

Un ejemplo más reciente de sociología histórica interpretativa se encuentra en el libro de Robert Castel, *La métamorphoses de la question sociale* (Librairie Arthème Fayard, Paris, 1995; edición en español: *La metamorfosis de la cuestión social*, Paidós, Buenos Aires-Barcelona-México, 1997), en el cual efectúa una genealogía del concepto *cuestión social* en Francia, es decir, tomando un caso aislado.

La tercera gran estrategia de investigación empleada en sociología histórica es la utilizada por quienes pretenden descubrir regularidades causales (aunque ellas tengan alcance limitado) en procesos históricos bien definidos o específicos, sobre los cuales se persigue ofrecer una explicación adecuada. No se concede prioridad a un único modelo previo, ni a la exploración significativa de las particularidades complejas que presenta un tiempo y/o un espacio concretos. En cambio, el investigador o la investigadora se mueve entre las especificidades concretas del caso que analiza y las *hipótesis alternativas* capaces de contribuir a explicar las regularidades causales existentes en la historia.

A la hora de formular tal explicación, se apela a dos o más teorías preexistentes, las cuales se confrontan con los datos históricos, o bien se genera la explicación teórica de manera inductiva, descubriendo, a lo largo de la investigación, las llamadas, por Arthur Stichcombe, “analogías causalmente significativas entre casos”. El punto crucial, señala Skocpol (1989: 375; 1991: 122), es la inexistencia de esfuerzo alguno por analizar los hechos históricos conforme un modelo general preconcebido, al tiempo que se recurre a hipótesis alternativas exploradas y/o generadas durante la investigación. De allí que “[e]l compromiso del investigador no es con alguna(s) teoría(s) preconcebida(s), sino con el descubrimiento de configuraciones causales adecuadas para explicar procesos históricos importantes” (itálicas mías).

Los sociólogos históricos analíticos parten de una o más preguntas consideradas claves acerca del tema objeto de estudio, formuladas claramente.² Para ellos, la pregunta es (o incluye), siempre, *por qué*. De esta manera, no pueden

considerar su obra equivalente a la de un sociólogo interpretativo. De la segunda de ambas autoras, véase “E. P. Thompson: Understanding the Process of History”, uno de los capítulos del fundamental libro de Skocpol (1989: 211-243) sobre la sociología histórica. En todo caso, lo que quiero subrayar es la inutilidad del encasillamiento disciplinario. También Philippe Corcuff ha destacado la importancia del libro clásico de Thompson para la elaboración de nuevas investigaciones sociológicas sobre las clases sociales (*Las nouvelles sociologies. La réalité sociale en construction*, Éditions Natahn, Paris, 1995, cap. IV; en español: *Las nuevas sociologías. Construcciones de la realidad social*, Alianza Editorial, Madrid, 1998).

² Skocpol ilustra muy bien esta práctica de hacer preguntas dirigidas a cuestiones históricas claramente formuladas, tomando en cuenta algunas obras clave. Así: “¿Dónde, cómo y por qué ocurrieron las revueltas de base agraria contra la Revolución Francesa y qué luz pueden arrojar las

menos que aceptar principios explicativos generalizables y buscar respuestas basadas en conexiones causales válidas. Éstas, pueden ser válidas en una serie de casos históricos similares, o bien en casos parecidos ocurridos en otros tiempos y espacios. A diferencia de los interpretativos, los analíticos evitan atribuir una significación independiente a cada contexto individual. Asimismo, la sociología histórica analítica apela mucho más a los estudios comparativos que a los de un único caso, apelación que es coherente con el examen de la validez de los argumentos (o las hipótesis) explicativos alternativos formulados. En este sentido –al contrario de los sociólogos históricos interpretativos, que buscan los contrastes o las diferencias y, por tanto, la exaltación de los rasgos propios (singulares) de cada caso–, la comparación es utilizada por los analíticos también para destacar las similitudes.

Los investigadores que prefieren esta tercera estrategia entienden que es posible combinar eficazmente la apelación a problemas *significativos* planteados históricamente –como lo hacen los interpretativos– con el esfuerzo por elaborar mejores teorías sociales generales –coincidiendo con los que apelan a la primera de las grandes estrategias de investigación–, lo cual no es otra cosa que el intento de evitar, simultáneamente, caer en la particularización y en la universalización. La búsqueda de mejores teorías no es ajena a la confrontación “con la dinámica variedad de la historia” (Skocpol).

Nombres representativos de la sociología histórica analítica son Barrington Moore –*Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World* (Beacon Press, Boston, 1966; en español: *Orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Península, Barcelona, 1973)–, Charles Tilly –*The Vendée* (Harvard University Press, Cambridge, 1964), *From Mobilization to Revolution* (Random House,

respuestas a estas preguntas sobre el tema general de las protestas colectivas en contextos modernizantes?, pregunta Charles Tilly en *La Vendée*. ¿Por qué algunas monarquías agrarias con una fuerte base comercial terminaron convirtiéndose en democracias y otras en dictaduras fascistas o comunistas?, como interroga Barrington Moore en *Social Origins of Dictatorship and Democracy*. ¿Qué explica las similares causas y consecuencias de las Revoluciones Francesa, Rusa y China y por qué los episodios de crisis y procesos políticos en otros Estados en proceso de modernización agraria no siguieron el mismo camino?”, según lo hace la propia Skocpol en su *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia and China*. “¿Por qué ciertas regiones de Europa experimentaron una decadencia de la servidumbre feudal y algunas el surgimiento de la agricultura capitalista, mientras en otras no ocurre nada de ello?, como se pregunta Robert Brenner en [su artículo] “Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe”. ¿Por qué el siglo XIX chino fue tan inusualmente resistente a la compra de mercancías extranjeras?”, según interroga Gary Hamilton en “The Chinese Consumption of Foreign Commodities. A Comparative Perspective” (Skocpol, 1989: 375). De los textos de Moore, Skocpol y Brenner citados por la autora existen versiones en castellano.

New York, 1978)–, Theda Skocpol –*States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia and China* (Cambridge University Press, Cambridge, 1979; en castellano: *Los Estados y las revoluciones sociales. Un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984) y el artículo “Political Response to Capitalism Crisis: Neo-Marxist Theories of the State and the Case of the New Deal” (*Politics and Society*, 10-2, 1980, pp. 155-202)–, Robert Brenner –“Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe” (*Past and Present*, nº 70, february 1976, pp. 30-75, artículo que origina una importante polémica, que algunos equiparan al clásico “debate Dobb-Sweezy”, del cual es continuador³), Michael Mann –*The Sources of Social Power* (Cambridge University Press, Cambridge, 1986-1993, vols. I y II [*I. A History of Power from the Beginning to a.D. 1760; II. The Rise of Classes and Nation-States, 1760-1914*]; está pendiente el tercer tomo, dedicado a una teoría del poder; en castellano: *Las fuentes del poder social*, Alianza Editorial, Madrid, 1991-1997, vols. I y II)–, autores todos que muestran de modo brillante el potencial (también ciertas dificultades) de la sociología histórica.⁴

Entre los sociólogos históricos analíticos no es extraño el abreviar teóricamente en las fuentes de Karl Marx y Max Weber, como se aprecia claramente (y se señala explícitamente) en los trabajos de Moore, Skocpol y Mann, combinación que incrementa de manera formidable el poder explicativo, especialmente al combinar la categoría marxiana *explotación* con la weberiana *dominación*.⁵

³ En efecto, la publicación del artículo de Brenner abre una controversia historiográfica sobre la transición del feudalismo al capitalismo, desarrollada –con varios participantes de primer nivel académico– en las páginas de la revista inglesa durante los años 1976 a 1982. Ésta concluye con un muy largo texto de Brenner en el cual recapitula y explica las críticas y renueva los términos de su exposición inicial. El artículo que origina la polémica es publicado en español –“Estructura agraria de clases y desarrollo económico en la Europa preindustrial”–, en *Debats*, nº 5, Valencia, 1982, pp. 69-92, y luego en T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Editorial Crítica, Barcelona, 1988, libro que incluye los artículos de los otros participantes de la polémica y la respuesta final de Brenner (“Las raíces agrarias del capitalismo europeo”, pp. 254-286).

⁴ Es bien interesante el hecho de que la mayoría de los grandes trabajos de sociología histórica sea generadora de debates de alta incidencia en el campo académico. El “debate Brenner” se inscribe, así, en la saga de las estimulantes polémicas abiertas por los textos de Moore, Tilly, Skocpol, Anderson, Mann, Wallerstein, convertidos no sólo en disparadores de controversias sino en inexcusables referencias para investigaciones y estudios sobre los temas por ellos abordados.

⁵ La sociología histórica británica, particularmente, ha producido notables aportes en este terreno, a menudo partiendo de una originaria intención refutadora, sea de Marx o de Weber. Se encontrarán estímulos revisando *The British Journal of Sociology* y, entre otros, en Norbert Wiley (comp.), *The Marx-Weber Debate*, Sage, London-Beverly Hills, 1987 (uno de los capítulos de este libro fue publicado en español: Val Burris, “La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases”, en *Zona Abierta*, nº 59-60, Madrid, 1992, pp. 127-156), o en el excelente libro de Derek Sayer, *Capitalism and Modernity. An*

Finalmente, cabe señalar que hay casos en que la adopción de una de las tres estrategias de investigación no ocluye la posibilidad de aperturas plausibles a otras alternativas. Por ejemplo, Immanuel Wallerstein es un sociólogo histórico que apela —en *Modern World System* (Academic Press, New York, 3 volúmenes, 1974 (I), 1980 (II) y 1989 (III); en español: *El moderno sistema mundial*, Siglo Veintiuno Editores, México DF, 3 vols., 1979, 1984 y 1998)— a una combinación de la primera y la segunda estrategias, es decir, aplica un modelo general y utiliza conceptos para desarrollar una interpretación histórica significativa. Lo que Wallerstein hace es, entonces, emplear una teoría o un modelo de capitalismo mundial a un proceso histórico de larga duración, complementada con las referidas a “imperio-mundo”, “socialismo-mundo” y “mini-sistema”, sumando, en el tratamiento del tema, una visión del mundo significativa, enlazada o comprometida con perspectivas políticas del Tercer Mundo y las críticas del radicalismo norteamericano al sistema capitalista mundial.⁶

También el inglés Perry Anderson —en *Passages from Antiquity to Feudalism* (New Left Books, London, 1974; en español: *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Siglo Veintiuno Editores, México DF, 1979) y en *Lineages of the Absolutism State* (New Left Books, London, 1974; en español: *El Estado absolutista*, Siglo Veintiuno Editores, México DF, 1979)— combina dos estrategias, la de una teoría general (en su caso, el marxismo), y la de recurrir a argumentos históricos comparativos para poner de relieve trayectorias históricas particulares. Según Skocpol, Anderson realiza el poco usual intento de aplicar un modelo general en un estudio primordialmente interpretativo y particularizado.

A su vez, Alvin Gouldner —en “Stalinism: A Study of Internal Colonialism” (artículo incluido en Maurice Zeitlin (ed.), *Political Power and Social Theory*, JAI Press, Greenwich, 1980, vol. I, pp. 209-251)— estudia un caso particular, desde la perspectiva interpretativa, con la intención de convertir la interpretación resultante en una hipótesis causal verificable a escala multinacional.

Excursus on Marx and Weber, Routledge London, 1991 (del cual hay edición en castellano: *Capitalismo y modernidad. Una lectura de Marx y Weber*, Losada, Buenos Aires, 1995). En nuestro idioma puede verse el número 57-58 de *Zona Abierta*, Madrid, 1991, dedicado a “El debate en la sociología histórica británica”. No es un dato trivial que ese giro de la sociología británica recupere la centralidad de la explicación en la historia.

⁶ Robert Brenner ha criticado, desde el marxismo, la posición de Wallerstein sobre el papel dominante del comercio, en contraposición a la interacción de clase. Véanse sus “The origins of capitalism development: a critique of neo-Smithian Marxism”, *New Left Review*, nº 104, 1977, pp. 25-92. (Hay edición en español: “Los orígenes del desarrollo del capitalismo: crítica del marxismo neosmithiano”, en *Teoría*, nº 3, Madrid, octubre-diciembre de 1979, y Robert A. Denemark and Kenneth P. Thomas, “The Brenner-Wallerstein Debate”, *International Studies Quarterly*, vol. 3, 1, March 1988. (Hay edición en español: “El debate Brenner-Wallerstein”, en *Zona Abierta*, nº 50, Madrid, enero-marzo de 1989, pp. 123-158).

Charles, Louise y Richard Tilly combinan un modelo general (en su caso de conflicto político) con hipótesis causales generadas por su propio modelo, unas, y por el durkheimiano, otras, procurando, así, dar cuenta de los procesos de conflicto político colectivo violento desarrollados en Francia, Italia y Alemania entre 1830 y 1930, tal como se aprecia en *The Rebellions Century, 1830-1930* (Harvard University Press, 1975; en español: *El siglo rebelde, 1830-1930*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1997).

En consecuencia, tres o, mejor, cuatro grandes estrategias de investigación de sociología histórica para dar cuenta de procesos ocurridos en la historia: a) aplicación de un modelo general; b) apelación a conceptos para interpretarlos; c) recurrencia al análisis de regularidades causales; d) combinación de dos de las tres anteriores. Es decir, un abanico de posibilidades mayor que la mezquina apreciación de Carlos Astarita. La que él considera *única* modalidad de trabajo de los sociólogos históricos, es tan sólo *una* de las opciones. Y por lo demás, la más antigua, la menos elaborada y empleada y la de menor capacidad explicativa.

III

En contraposición con los sociólogos históricos, los historiadores, según Astarita, operan de otra manera:

“Esa *desconfianza hacia el modelo teórico primario* ayuda a comprender el segundo modo de abordaje del movimiento estructural. Es el que se fundamenta en la construcción empírica. En este procedimiento, la interpretación es realizada mediante un persuasivo tratamiento factual, hasta que en cierto momento, cuando se considera que se logró una acumulación suficiente de testimonios (esto es siempre una apreciación muy personal), se pasa a la interpretación. Esta segunda modalidad de estudio del movimiento objetivo se presenta como una *inversión de la sociología histórica*. Mientras que en esta última se trata de lograr un acercamiento desde el modelo a la realidad, la operación que rige en la historiografía es volcar los datos pragmáticamente obtenidos de un área restringida en un modelo comprensivo, o bien, configurar la explicación mediante una combinación ecléctica de modelos reconocidos para proporcionar un cuadro unitario. Las categorías aquí no reinan desde el principio. Por el contrario, se mantienen en un disimulado segundo plano detrás del protagonismo factual que rige la exposición de los comportamientos sociales y las cualidades objetivas del proceso (un abanico que comprende desde el clima o el condicionamiento geográfico a los movimientos de precios). Si las categorías no reinan, mantienen no obstante su presencia como mediadores encubiertos pero activos

durante el transcurso de toda la demostración, y revelan su omnipotencia en el momento de las conclusiones, que reúnen y dan sentido a la maraña de datos constatados. *Es normal que cuando el historiador pasa a la elaboración conclusiva (es indiferente su ubicación en el texto) apele francamente a matrices conceptuales obtenidas de ciencias con sólidas tradiciones teóricas para manipular esas matrices en la búsqueda de su concordancia con los datos recogidos.* Con este recurso heterodoxo de combinación de categorías diversas, el modelo resultante adquiere la necesaria plasticidad para adaptarse a las informaciones contenidas en el fichero de trabajo.

“Ya sea de manera franca o disimulada, la disposición categorial, expuesta en un momento teórico separado del análisis documental o como terminología discreta que recubre toda la representación, revela su carácter de préstamo de otras ciencias sociales. *Si en la sociología histórica el carácter externo del modelo con respecto a la realidad se manifiesta desde un principio, en la historia en sentido estricto el modelo parece surgir de la experimentación empírica sin que disminuya ese carácter externo.* Como ejemplo de modelo histórico de base empírica puede considerarse el que se estableció para dar cuenta del proceso de los siglos V al XI, y que defiende una continuidad de las estructuras antiguas postulando la llamada revolución feudal del año mil. La tesis de la no variación estructural en la Alta Edad Media parece desprenderse del estudio documental, aunque el empleo de categorías analíticas resulta en último término decisivo a la hora de establecer la tipología de la estructura política, la definición de los productores directos como esclavos, o la causalidad del desarrollo de las fuerzas productivas” (pp. 16-17; las itálicas son mías).

Pese a la extensión de la argumentación, la diferencia entre el trabajo de los sociólogos históricos y el de los historiadores no se encuentra en el plano que plantea Astarita. Tampoco puede decirse, como a veces han expresado terceros autores, que la sociología y la historiografía son diferentes porque la primera tiene un carácter nomotético y la segunda uno ideográfico ni, mucho menos, por una falsa división del trabajo según la cual los sociólogos ponen los conceptos, la teoría, y los historiadores la evidencia empírica (de donde se deriva la falsa apreciación de que los sociólogos históricos trabajan con datos secundarios, asunto sobre el cual vuelvo más adelante. Una diferencia central se encuentra en la lógica con la cual cada disciplina y sus practicantes organizan sus respectivas investigaciones: los historiadores lo hacen a partir de los hechos acaecidos en un tiempo y espacio dados; los sociólogos, en cambio, parten de un cierto aparato conceptual.⁷ La

⁷ Sobre estas diferencias de énfasis y enfoques entre sociólogos e historiadores para diseñar sus respectivas estrategias de investigación, véase Neil Smelser, *Essays in Sociological Explanation*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1967, p. 35. Muy justamente, Victoria Bonnell –otra socióloga histórica– ha

formidable posibilidad que tiene la sociología histórica –y también el gran desafío que conlleva– deriva, precisamente, de vincular ambas lógicas. Por eso, los buenos trabajos sociológicos históricos exponen los resultados alcanzados según un patrón que parte de los conceptos y los desarrolla en el tiempo y en el espacio (los historiza) o, más específicamente dicho, construyen textos que son tanto analíticos (como en la sociología) cuanto narrativos (como en la historiografía) o, si se prefiere, narraciones explicativas. Es allí donde se encuentra lo que Carlos llama “el secreto de la regularidad sistemática de la exposición” de la sociología histórica –es imposible sustraerse a la presunción de la existencia de una cierta dosis de envidia por tal capacidad–, y no en una supuesta clave hegeliana y, por tanto y en buen romance, en confundir lo real y lo ideal, confusión según la cual lo real no sería otra cosa que la manifestación externa de lo ideal, siendo la idea un sujeto autónomo. Es posible que haya sociólogos históricos –como también historiadores y otros científicos sociales– que procedan según la presunción de Astarita, pero ello no es imputable al campo de conocimiento llamado sociología histórica.

Un asunto que merece algunas líneas es el relacionado con el uso de fuentes. Aunque ello no es, al menos explícitamente, parte de la argumentación central de Carlos Astarita, suele ser indicado por algunos críticos de la sociología histórica. Según ellos, los sociólogos históricos emplean básica, si no únicamente, información secundaria, lo cual los hace imputable del “pecado” de no ir a los archivos.⁸ Ahora bien, aunque a menudo los sociólogos históricos trabajan con fuentes secundarias o con información relevada por otros investigadores, no es cierto que desdeñan trabajar con fuentes primarias. Hay muchos casos de sociólogos históricos que han apelado a relevamiento de información original o de archivos, si se prefiere, para construir datos, tal como hacen usualmente los historiadores (con frecuentes caídas en el fetichismo de los documentos y los archivos). El excelente libro de Charles Tilly, *La Vendée*, es citado casi siempre como ejemplo paradigmático (no único) de tales casos. Mas lo decisivo no se encuentra allí, como bien ha argumentado

señalado que los historiadores marxistas escapan a la generalización indicada por Smelser. Más aún, añadido, un científico social –sea sociólogo, economista, historiador, antropólogo, politólogo– que se proclama marxista, o que apela a elementos teóricos del mismo cuño, ¿no trabaja con un modelo previo o, al menos, con un conjunto de conceptos y categorías previamente elaboradas? Y la respuesta afirmativa no significa (al menos, no necesariamente) que su uso sea mecánico, vulgar o dogmático.

⁸ A propósito de esto, no puedo menos que recordar una pregunta de un estudiante de Historia, de la Universidad Nacional de Rosario, quien, entrevistándome para una publicación, me preguntó si mi opción por la sociología histórica era resultado de mi (por él supuesto) rechazo a trabajar en los archivos.

Theda Skocpol. La norteamericana señala que la tendencia a utilizar fuentes secundarias es más frecuente entre los sociólogos históricos analíticos que entre los generalistas y/o los interpretativos, opción que resulta de la intención de establecer comparaciones de gran alcance.

“Las fuentes secundarias son simplemente libros y artículos publicados por historiadores o estudiosos especializados en un área geocultural del mundo. Hay quienes piensan que dichas publicaciones son automáticamente inferiores a las fuentes primarias, los residuos originales del pasado que muchos historiadores usan como sus fuentes básicas de evidencias con las cuales abordar tiempos, lugares y cuestiones. Sin embargo, sería desastroso, desde el punto de vista de la sociología histórica, insistir dogmáticamente en la necesidad de reelaborar las fuentes primarias en cada nueva investigación. Si un tema es demasiado grande para una investigación puramente primaria –y (itálica de Skocpol) si están disponibles excelentes estudios realizados por especialistas–, las fuentes secundarias son apropiadas como fuentes básicas para un estudio determinado. [...] Dicho sea esto, sin embargo, sigue siendo cierto que los sociólogos históricos comparativos aún no han elaborado claramente reglas y métodos consensuados para el uso válido de las fuentes secundarias. [...] Los sociólogos históricos comparativos que usan fuentes secundarias deben, por ejemplo, considerar cuidadosamente tanto las diferentes interpretaciones historiográficas que provienen de historiadores contemporáneos como las elaboradas por anteriores generaciones. Las preguntas que el sociólogo histórico comparativo necesita hacer en cada uno de los casos que estudia, pueden no corresponder con las que están de moda en ese momento entre los historiadores. Por ello, el comparativista debe rastrear sistemáticamente la literatura histórica en busca de evidencias a favor y en contra de las hipótesis que está explorando. Tal vez, ellas se encuentran en rincones secundarios de otras publicaciones, o en el trabajo de un historiador ‘suelto’ totalmente alejado de las tendencias historiográficas dominantes. Por sobre todo, el sociólogo histórico no puede dejar que sus hallazgos sean dictados simplemente por modas historiográficas que cambian de caso a caso y de tiempo en tiempo” (Skocpol, 1984: 382).

En ocasiones, la investigación con fuentes secundarias es complementada estratégicamente con la basada en fuentes primarias, puntualmente dirigidas y con objetivos precisos, por lo general procurando respuestas a preguntas –sobre todo a efectos comparativos– que los historiadores no se han planteado hasta ese momento. En rigor, los sociólogos históricos no rechazan ni desdennan la

apelación a fuentes primarios. Pero no están obsesionados por ellas ni, mucho menos, las fetichizan. Su trabajo toma muy seriamente la proposición de Marc Bloch: “Sólo un problema unificado nos proporciona un punto de reflexión central”.

El procedimiento que Astarita reputa propio de los historiadores (de algunos, cabría decir mejor) no es, como se ha visto, diferente del que emplean los sociólogos históricos interpretativos y analíticos. La apelación o la no apelación a modelos, a conceptos, categorías, teorías es una diferencia que puede apreciarse muy bien entre los propios historiadores. Muchos de ellos rechazan, sobre todo en la moda hoy predominante, la recurrencia a unos y otras. En buen romance, quiere decir que rechazan asumir explícitamente la teoría con la cual trabajan. Sin teoría explícita, lo que queda es sólo, y en el mejor de los casos, sentido común.

La cuestión no es trivial. A finales de los años 1940, Lucien Febvre, ese gran protagonista de la renovación historiográfica del siglo XX, lo expuso con sencillez no exenta de precisión:

“sin teoría previa, sin teoría preconcebida no hay trabajo científico posible. La teoría, construcción del espíritu que responde a nuestra necesidad de comprender, es la experiencia misma de la ciencia. Toda teoría está fundada, naturalmente, en el postulado de que la naturaleza es explicable. Y el hombre, objeto de la historia, forma parte de la naturaleza. El hombre es para la historia lo que la roca para el mineralogista, el animal para el biólogo, las estrellas para el astrofísico: algo que hay que explicar. Que hay que entender. Y por tanto, que hay que pensar. Un historiador que rehúsa pensar el hecho humano, un historiador que profesa la sumisión pura y simple a los hechos, como si los hechos no estuvieran fabricados por él, como si no hubieran sido elegidos por él, previamente, en todos los sentidos de la palabra ‘escoger’ (y los hechos no pueden no ser escogidos por él) es un ayudante técnico. Que puede ser excelente. Pero no es un historiador”.⁹

Michael Mann, más recientemente, ha puesto la cuestión en sus precisos términos:

“La teoría sociológica no puede desarrollarse sin un conocimiento de la historia. Casi todas las cuestiones clave de la sociología se refieren a procesos que ocurren a lo

⁹ Lucien Febvre, “Sobre una forma de hacer historia que no es la nuestra. La historia historizante”, en *Combates por la historia*, Editorial Ariel, Barcelona, 3ª edición, 1992, pp. 179-180. La compilación de artículos que constituyen este libro aparece originalmente en París, en 1953 (*Combats pour l'histoire*, Librairie Armand Colin), mientras la primera en español data de 1970.

largo del tiempo. [...] Pero el estudio de la historia también quedaría empobrecido sin la sociología. *Si los historiadores renuncian a la teoría de cómo funcionan las sociedades, quedan prisioneros de los lugares comunes de su propia sociedad.* [...] La teoría sociológica también puede disciplinar a los historiadores en su selección de datos. [...] Un sentido firme de la teoría nos permite decidir qué datos pueden ser claves, cuáles pueden ser importantes y cuáles marginales para comprender cómo funciona una sociedad determinada. Seleccionamos nuestros datos, vemos si confirman o refutan nuestras intuiciones teóricas, ajustamos éstas, acopiamos más datos y seguimos zigzagueamos entre la teoría y los datos hasta que establecemos una explicación plausible de cómo 'funciona' tal sociedad, en tal momento y en el tal lugar. [...] El prestar una atención demasiado erudita a los datos produce ceguera; el escuchar excesivamente los ritmos de la teoría y de la historia universal produce sordera" (Mann, 1991: 9-10; *italicas mías*).

Seguramente, Carlos coincidirá conmigo en la oposición a la *historia historizante*, tan fuertemente combatida por el paradigma historiográfico dominante durante, *circa*, las décadas de 1950, 1960 y, parcialmente, 1970, pero renacida y mayoritaria a lo largo del último cuarto del siglo XX. Con otro maquillaje, esa es la tendencia predominante en la historiografía argentina desde comienzos de los años 1980. Tal seguridad surge de su admisión de la historiografía como una ciencia social. Obviamente, no puedo menos que estar de acuerdo con él en este punto, nada irrelevante, por lo demás.

Ahora bien, si se trata de combatir a la historia historizante (en su vieja y en su nueva forma) y de considerar a la historiografía una ciencia, me parece bien pertinente y necesario tener en claro la diferencia entre interpretación y explicación. Alguna vez, Alessandro Pizzorno caracterizó a un problema historiográfico como un problema de *identificación* de los sujetos y de *imputación* de acciones históricas a tales o cuales sujetos. Formulaba también la posibilidad de un planteo adicional: qué *tipos* de efectos se producen cuando ciertos *tipos* de sujetos actúan de uno u otro modo, es decir, de maneras distintas. Identificar tales *tipos* es una función de la teoría que se aspira verificar. Al respecto, Norbert Elias usa una figura muy elocuente:

"Las teorías se asemejan en cierto modo a un mapa. Cuando se está en un punto A en el que se cruzan tres caminos no es posible 'ver' si este o aquel camino conducen a un puente sobre el río que se desea cruzar. Una teoría, por decirlo de otra manera, señala a aquel que se encuentra al pie de la montaña interrelaciones

que sólo podría ver desde la perspectiva de un pájaro. Descubrir interrelaciones donde no se conocían previamente es una tarea central de las investigaciones científicas. Los modelos teóricos muestran, al igual que los mapas, interrelaciones anteriormente desconocidas entre los hechos. Al igual que los mapas de regiones ignotas, allí donde se ignora aún qué interrelaciones hay, aparecen zonas en blanco. Al igual que los mapas, nuevas investigaciones pueden evidenciarlos como falsos y determinar su corrección. Quizás habría que añadir que, a diferencia de los mapas, *los modelos sociológicos funcionan como modelos espacio-temporales, esto es, en cuatro dimensiones*" (Elias, 1982: 195-196; itálicas mías).

Más específicamente aún: "Una teoría social es siempre *búsqueda de significado*", dice Ágnes Heller, quien añade que esa búsqueda –y por eso la hay– no presupone un significado inherente. Esta tarea se realiza recurriendo a los hechos, cuyas fuentes –los testimonios– *tienen que leerse*, es decir, *interpretar y explicar*.¹⁰ A propósito, bueno es recordar que, en la investigación y en la generación de conocimiento, hay dos clases de preguntas: las descriptivas (o de descripción) –¿qué?, ¿cómo?, ¿cuánto?, ¿dónde?– y las explicativas (o de explicación) –¿por qué?–, distinción tan clásica que se remonta a Aristóteles, quien ya contraponía conocimiento del *qué*, meramente descriptivo, y conocimiento del *por qué*, explicativo, el cual constituía, a su juicio, la ciencia.

IV

Nobleza obliga: Carlos Astarita concluye su contrapunto con un sesgo menos "beligerante". Así, nos dice, "[d]ebe repararse que esta distinción estableci-

¹⁰ Ágnes Heller nos recuerda que la distinción entre explicación e interpretación es un logro moderno. "Leer un testimonio" implica descubrir exactamente lo que querían decir los que lo escribieron. Pero "lo que querían decir" no se puede explicar (en sentido estricto), sino sólo interpretar. Confrontar los testimonios, relacionarlos entre sí, comprobar la objetividad es una operación que realiza la explicación". Ésta puede efectuarse mediante tres causalidades: *causa efficiens*, *nexo final* y *causa formalis*. Un investigador puede recurrir a una u otra de ellas, pero sólo el empleo de la *causa formalis* permite una explicación de acontecimientos y comportamientos verdaderamente científica. "La *causa formalis* explica los acontecimientos históricos y sus motivaciones mediante la *estructura social* en cuyo ámbito se verifican. La causa se concibe como una totalidad relativa: como una estructura de reglas sociales, una institución, un sistema económico o político o, incluso, como un sistema de subsistemas interrelacionados. La *causa formalis* da cuenta de los cambios, no mediante los acontecimientos, sino mediante la lógica de los sistemas que son sólo expresados por los acontecimientos y por las voluntades de sus protagonistas". Ahora bien si realmente quiere buscar el significado, sostiene Heller, "la historiografía debe operar con los tres tipos de causalidades y debe dar cuenta de los acontecimientos y estructuras de las épocas presentes-pasadas explicándolas de manera 'permissiva', o sea, según la siguiente fórmula: 'x ha podido suceder porque se daban a-b-c, porque si a'-b'-c' querían que x sucediese y porque a"-b"-c" han sucedido efectivamente". La explicación puede asumir una forma permissiva ('x pudo suceder porque se daba a') o una forma determinista ('x debía suceder porque se daba a'). Véase, *Teoría de la historia*, Distribuciones Fontanara, México DF, 1984, pp. 146-155 y, para una mejor comprensión, todo el capítulo 2.

da entre sociología histórica e historia tiene un fin ordenador y no puede confundirse con una taxonomía estricta. En realidad, las interferencias metodológicas son innumerables” (*op. cit.*: 18). Pero, al final, no puede con el genio: “*si bien es necesario tomar distancia de los procedimientos especulativos de la sociología histórica, la mera descripción de hechos, que clausura todo procedimiento abstractivo, se tradujo en una enorme acumulación de datos las más de las veces inconexos*” (*op. cit.*: 37); *italicas mías*). Una de cal y otra de arena... Es claro que discrepo con la primera parte de la proposición y coincido con la segunda.

En rigor, no hay historiografía ni sociología a secas, como tampoco hay historiadores y sociólogos a secas. Hay, en cambio, diferentes paradigmas (interpretativos, explicativos) a los que apelan unos y otros de aquéllos. Así, existen tanto sociólogos cuanto historiadores que, aun permaneciendo en un mismo campo disciplinario, emplean paradigmas diferentes, encontrados, contrapuestos. De igual modo, encontramos historiadores y sociólogos que, trabajando en sus respectivas (y diferenciadas) disciplinas, comparten un mismo paradigma interpretativo o explicativo. En el primer caso, la común pertenencia disciplinaria no es óbice para situarse en posiciones no comunes. En el segundo caso, por el contrario, la apelación a un mismo paradigma las une, por encima de las diferencias de pertenencia disciplinaria.

Por eso, hoy adquiere especial relevancia el intento de quienes estamos nucleados en la red *Historia a Debate*.¹¹ Así, en el *Manifiesto* de setiembre de 2001 se postula una nueva historiografía que acreciente “la interdisciplinarietà de la historia, pero de manera equilibrada: hacia adentro de la amplia y diversa comunidad de historiadores, reforzando la unidad disciplinar y científica de la historia

¹¹ Tal como se define institucionalmente, *Historia a Debate* es una red estable que, en tiempos de fragmentación, comunica y reúne a historiadores de todo el mundo, mediante actividades presenciales y en Internet, dentro y fuera de las instituciones académicas, que busca dinamizar intercambios y contactos multilaterales entre sus miembros *más allá de las fronteras de la especialidad* y de la nacionalidad, de las diversas filias y fobias, de cualquier ideología cerrada. Es un foro permanente de debate, en tiempos de transición paradigmática, sobre la metodología, la historiografía y la teoría de la historia; sobre la práctica renovada de la investigación y de la divulgación histórica; sobre la docencia de la historia, en la universidad y en las enseñanzas medias, y su relación con la investigación y la reflexión historiográfica; sobre los problemas académicos, profesionales y laborales de los historiadores, sobre todo jóvenes; sobre el interfaz y el compromiso del historiador con la sociedad, la política y la cultura de nuestro tiempo. *Historia a Debate* ha dado, el 11 de setiembre de 2001, un importante paso como proyecto colectivo con la elaboración y difusión de un *Manifiesto* que nos define como tendencia historiográfica, sin menoscabo de la pluralidad de la red, en debate y relación con la continuidad simple de la historiografía de los años 1960 y 1970, el positivismo que renace y el posmodernismo que decae. Véase www.h-debate.com, donde se encontrará amplia información sobre sus objetivos, actividades, etc. También, en varios idiomas, el texto del *Manifiesto* y sus firmantes. *Sociohistórica* lo reprodujo en su número 9-10, Primer y segundo semestres 2001, pp. 244-254.

profesional y, hacia afuera, extendiendo el campo de las alianzas más acá y más allá de las ciencias sociales clásicas” (Propuesta IV). Se trata, además, de combatir una “división del trabajo” según la cual la historiografía provee de información empírica y otras disciplinas reflexionan sobre ella, es decir, de bregar por superar “la fatal disyuntiva de una práctica (positivista) sin teoría o de una teoría (especulativa) sin práctica” (Propuesta XIII). Personalmente, entiendo –aún coincidiendo con el *Manifiesto*, del cual soy uno de los firmantes– que es posible ir todavía más allá, sea en los términos de *transdisciplina*, según la formulación de Pierre Bourdieu, o de *hibridación de disciplinas*, tal como lo hacen Mattei Dogar y Robert Pahre.

Pierre Bourdieu (2000: 191) señala muy precisamente –en un texto a mi juicio no sólo excelente sino de lectura imprescindible tanto para historiadores cuanto para sociólogos– que la muy profunda fractura que se ha establecido entre historiografía y sociología es, empero, completamente ficticia, toda vez que ambas “tienen el mismo objeto y podrían tener los mismos instrumentos teóricos y técnicos para construirlo y analizarlo”. Bourdieu ha sido un denodado combatiente por la “emergencia de una ciencia social unificada en la cual la historia sería una sociología histórica del pasado y la sociología una historia social del presente”.

He aquí una cuestión bien interesante, cuyo tratamiento rebasa el alcance que he querido darle a este comentario.¹² Enfrentarla, sumergirse en ella, nos llevaría a considerar núcleos duros, entre los cuales también el planteado por Carlos respecto de las categorías y conceptos historiográficos: “El historiador debería, en definitiva, *construir sus propios instrumentos de análisis* que no están, por norma, esperando en la caja de herramientas de una disciplina social” (Astarita, 2000: 28; *itálicas mías*). Pero, ¿es o debería ser, realmente, así? En todo caso, como se advierte muy rápidamente, la historiografía y/o los historiadores no han producido demasiados conceptos y categorías analíticas. En cambio, es frecuente observar a historiadores empleando conceptos y categorías propios, originariamente, de otras disciplinas y, por desgracia, aún más frecuentemente, utilizándolos tan sólo como términos –no como conceptos–, como si ellos fuesen neutros y el lector no necesitase saber a qué se está haciendo referencia. Tal vez, la historiografía necesite formular pocos conceptos y categorías analíticas propios.

¹² Me ocupo extensamente de ésta y otras cuestiones en “Por la abolición de las fronteras, los pasaportes, las visas, el contrabando, las aduanas y los aduaneros. Y a favor de la comunidad de disciplinas científicas”, largo artículo que sirve de introducción a un libro del cual soy compilador, *Más allá de las fronteras disciplinarias. Alegato en favor de la sociología histórica*, en trámite de publicación.

En tanto “ciencia imperialista” —en el sentido que Braudel le daba a la expresión, ambición compartida con la sociología—, la historiografía abarca la totalidad de las acciones sociales y humanas realizadas a lo largo del tiempo y del espacio. Desde que las ciencias sociales dejaron de ser un campo único y se fragmentaron en múltiples disciplinas, crecientemente especializadas y amuralladas, muchos de los conceptos y categorías necesarios para explicar tales acciones fueron creados en esos nuevos ámbitos disciplinarios. Los historiadores recurrieron y recurren a ellos, empleándolos con suerte dispar. No deja de ser bien significativo que una de las pocas categorías analíticas construidas por un historiador, como es el caso de *larga duración* (factura de Fernand Braudel), haya sido y sea tan poco empleada —más raramente aún, empleada bien— por los historiadores. En contrapartida, un sociólogo histórico como Immanuel Wallerstein ha hecho de ella una clave de su argumentación. El espacio disponible para el presente artículo impide hacer un tratamiento más detenido de una cuestión central de todo análisis social, la del tiempo. Pero no puedo dejar de señalar que un gran mérito de Braudel ha sido, justamente, el de haber construido una categoría con un enorme potencial transformador de nuestro modo de aprehender esa “liebre esquivada” que es lo social. Tiene razón Carlos Antonio Aguirre Rojas cuando apunta que la larga duración histórica braudeliiana es “*un programa abierto de investigación, cuyo objetivo central era precisamente la construcción de un lenguaje común para todas las ciencias sociales contemporáneas*”. Ella “puede constituir una vía de acceso pertinente hacia la delimitación de un *espacio común en torno a lo social* desde el cual podría comenzar a pensarse la construcción de los nuevos perfiles de la ciencia social por venir. [...] El análisis de las diferentes *duraciones* de los hechos se presenta, entonces, más que como un tema que correspondería a la historia, como un problema común a todas las ciencias sociales contemporáneas” (Aguirre Rojas, 1995: 31-33; itálicas del autor). No es casual que los historiadores encapsulados en su disciplina no sólo hayan desdeñado esa formidable categoría, sino también arrojado por la borda al propio Braudel. Tampoco es casual que, por el contrario, uno de los grandes nombres de la sociología histórica y un investigador extremadamente atento al tiempo y a la historia, Norbert Elias, haya mostrado de manera formidable la enorme capacidad explicativa que tiene un análisis atento al tiempo largo, el cual le ha permitido —si bien la suya no es una apelación a la matriz braudeliiana sino una construcción propia y original— articular de modo magistral la historia de las mentalidades con la historia de las formas del poder.

Como quizás no sea posible retornar al primigenio campo científico social único o unificado, me parece mucho mejor bregar por una comunidad de nues-

tras disciplinas (incluso en creciente diálogo con las físico-naturales), constituyendo un campo de libre circulación de teorías, conceptos, categorías, modelos, métodos, técnicas, hipótesis. O, si prefiere, construir una comunidad de campos de conocimiento –bajo las formas de transdisciplina, de hibridación de disciplinas u otras– que haga tabla rasa con los muros, los cercos, las murallas, incluso las fronteras, y nos permita circular libremente, sin pasaportes, sin visas, sin aduanas ni aduaneros. Terminaremos, así, con el contrabando de nuestras principales herramientas.

Recuerdo, ahora, que las argumentaciones en favor de la rearticulación –en distintos grados– de historiografía y sociología no es una demanda nueva, ni privativa de historiadores o de sociólogos. Es extensa la nómina de unos y otros –de las más variadas orientaciones teóricas– que lanzaron la propuesta desde, por lo menos, los años 1940. Así, por ejemplo –antes que Fernand Braudel o Lucien Goldmann–, el historiador marxista polaco Leo Kofler alertaba, en 1948, que “la ruptura de la unidad entre historia y sociología por fuerza tiene un efecto funesto sobre ambas”. Incluso previamente, en 1938, H. Becker y H. E. Barnes hicieron referencia, por primera vez, a la necesidad de una *sociología de la historia*.¹³

No deja de ser curioso que Carlos Astarita –en primer lugar por sus propias convicciones teóricas– tenga, frente a la sociología histórica, las reservas formuladas en su artículo. Mirado desde esa perspectiva, se me ocurre que podría estar mucho más cerca de, y suscribir, la afirmación que Eric Hobsbawm le hiciera, ante una pregunta específica, a los historiadores españoles Javier Paniagua y José Piqueras (1996: 34): “En general tengo un cierto interés, una cierta simpatía hacia lo que hacen [los sociólogos históricos ‘y también gente de ciencias políticas’] porque tienen el proyecto de comprender la totalidad de la evolución histórica. [...] Creo que es un proyecto positivo. Se puede discutir, se puede debatir, pero hay pocos historiadores que tengan ese coraje. [...] Desde nuestro punto de vista marxista es más fácil comunicar con Max Weber que con Mommsen, por ejemplo”. Es que la sociología histórica es un intento de entender la relación entre acción humana, personal o colectiva, y organización o estructura social como algo que se construye de forma continua en el tiempo (Abrams, 1982: 16)

Para finalizar: Peter Burke (1997: 30) recuerda que Francis Bacon, tras criticar por igual a los empiristas, hormiguitas acumuladoras de datos, y a los

¹³ Leo Kofler, *Contribución a la historia de la sociedad burguesa*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1974, p.19 (la primera edición en alemán es de 1948); H. Becker and H. E. Barnes, *Social thought from lore to science. A history and interpretation's ideas about life with his fellows to times when his study of the past is linked with that of the present for the sake of his future*, New York, 1938, vol. II, cap. XX.

teóricos puros, arañas generadoras de telas en su propio interior, concluía recomendando seguir el ejemplo de la abeja: buscar materia prima y transformarla. Si bien la metáfora es clara, resulta insuficiente. Podemos, entonces, dar un paso más y acordar con la proposición de Karl Marx: el peor de los arquitectos es superior a la mejor de las abejas porque antes de hacer su trabajo tiene el plano en la cabeza. O también decir, como Arthur Stichcombe, que se puede construir a la manera de un carpintero, ajustando las medidas mientras va avanzando en su trabajo (pero aunque él diga que ello lo diferencia del arquitecto, quien dibuja primero y construye después, no menos cierto es que el carpintero también tiene en su cabeza el resultado al cual quiere llegar, más allá de los ajustes que pueda introducir en el proceso). De todos modos, metáforas claras, inequívocas: en investigación, lo mejor es construir datos y explicarlos, unir constatación empírica y teoría en una tarea inescindible. Felizmente, cada quien puede elegir la estrategia que le parezca mejor. Pero, me parece, siempre es más estimulante tratar de fundir, en un solo perfume, menta y canela.